

es lo que el Apóstol Santiago pregona á voz en grito con el nombre de *ley de perfecta libertad*<sup>1</sup>. Esto mismo en sustancia decretaron los Apóstoles reunidos en concilio por vez primera en Jerusalén, siguiendo la autorizada voz de Pedro, reconocido ya por Vicario de Cristo<sup>2</sup>. Mas no sólo no pesa ya sobre nuestros hombros el yugo de la Ley antigua, sino, lo que es más importante aún, se nos ha libertado de aquel espíritu servil que caracterizaba al pueblo judaico, espíritu de terror, propio de esclavos, infundiéndose en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, el espíritu de amor y confianza, propio de los hijos adoptivos<sup>3</sup>. He aquí el fruto más precioso de la Redención, he aquí la verdadera y genuina libertad de los hijos de Dios<sup>4</sup>. Y, en efecto, ella es consecuencia de la habitación de Dios en nuestras almas, porque *donde está y mora el Espíritu del Señor, allí hay libertad*<sup>5</sup>. De donde resulta que no puede confundirse la libertad cristiana con la apócrifa y mentida, propalada en todos tiempos por los apóstoles de la licencia. Ésta es libertad carnal, aquélla otra es espiritual y divina. Por eso amonestaba el Apóstol á los fieles recién convertidos, que *no tomaran ocasión de la libertad santa que les predicaba, para soltar la rienda á las pasiones*<sup>6</sup>, como quiera que nada hay tan contrario como la carne al espíritu<sup>7</sup>. *Andad en espíritu*, concluye el grande Apóstol, *y no satisfaréis los deseos de la carne*<sup>8</sup>. En el mismo sentido habla San Pedro, exhortando á los cristianos á la obediencia, á la mortificación de las pasiones y á todo género de buenas obras, conforme

<sup>1</sup> Iac. 1, 25.<sup>2</sup> Act. 15, 23 sqq.<sup>3</sup> Rom. 8, 15.<sup>4</sup> Ibid. v. 21.<sup>5</sup> 2 Cor. 3, 17.<sup>6</sup> Gal. 5, 13.<sup>7</sup> Gal. 5, 17.<sup>8</sup> Ibid. v. 16.

al querer de Dios, el cual debe ser glorificado por sus hijos delante de sus enemigos<sup>1</sup>, concluyendo con prevenirlos seriamente que *no se sirvan de su libertad como de un velo de malicia para encubrir maldades*, sino al contrario, para obrar el bien como verdaderamente libres y siervos de Dios. Tal es, amados oyentes, el elevado concepto que debemos formarnos de la libertad que nos conquistó Jesucristo: por ella, ayudados eficazmente con la fuerza sobrenatural de la gracia del mismo Salvador, podemos obrar el bien sin trabas de ninguna especie, llevados de la fuerza del amor y no turbados de temor servil, como hombres de conciencia<sup>2</sup>, y que conocen la alteza de su vocación sublime<sup>3</sup>.

9. Y ¿quién no comprende fácilmente que la Eucaristía es el regio banquete dispuesto para celebrar el triunfo de la libertad cristiana, la mesa á la cual se sientan los libres, y no los esclavos, porque en derredor de ella no se respira sino bienestar y libertad? Para manumitir á un esclavo, según refiere Tertuliano<sup>4</sup>, solían los romanos sentarle á su mesa, quedando por esta sola manifestación el afortunado siervo libertado de la esclavitud. Y ¿podrá llamarse esclavo del demonio el que se sienta á la mesa de Cristo? Y ¿no deberá estar libre de la dura servidumbre del pecado el que participa dignamente de la sagrada Eucaristía? Por lo demás ¿quién ignora que la institución de esta Cena siguió inmediatamente á la celebración de la otra cena pascual del Cordero típico<sup>5</sup>, para indicarnos que con este rito nuevo quedaban terminados los antiguos ritos y abrogada la

<sup>1</sup> 1 Petr. 2, 16.<sup>2</sup> Ibid. v. 19.<sup>3</sup> Ibid. v. 21.<sup>4</sup> Apud *Carthagena*, Hom. cathol. vol. IV, lib. 9, hom. 15.<sup>5</sup> Eccl. in Miss. SS. Sacram.

Ley vieja? *Phase vetus terminat*<sup>1</sup>. Ahora bien, si la libertad es precisamente el espíritu de la Ley nueva, ¿en dónde mejor se infunde este espíritu que en la participación del Pan suavísimo llovido del cielo para saciar á las almas hambrientas del bien? ¡*Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu*, exclama la Iglesia, *que así has demostrado la dulcedumbre de tu afecto para con tus hijos!*<sup>2</sup> Y, por lo que hace á darnos fortaleza para bien obrar, en que consiste la verdadera libertad, pues sólo *es libre el que todo lo puede*, como el Apóstol<sup>3</sup>, la Eucaristía es fuente de divinas energías para la virtud.

10. Trabas de la libertad para el bien obrar son, como sabéis, las pasiones del propio corazón, la tiranía del mundo, las preocupaciones del amor propio, para no señalar sino las más notables, de todas las cuales nos ayuda á desembarazarnos la sagrada Eucaristía. Consideradlo brevemente. En vano los judíos se gloriaban de ser libres, cuando el Señor les ofrecía la verdadera libertad del espíritu por el conocimiento de la verdad: *Conoceréis la verdad, y la verdad os librará*<sup>4</sup>. Por más que ellos insistieron en lo esclarecido de su origen, diciendo: *Somos hijos de Abrahán, y á nadie hemos servido jamás*<sup>5</sup>, Jesucristo los confundía objetándoles: *En verdad os digo que quien obra mal, es esclavo del pecado*<sup>6</sup>; y vosotros tratáis de dar la muerte á quien os enseña la verdad, lo que no hiciera el que llamáis vuestro padre, Abrahán<sup>7</sup>. Luego, en hecho de verdad, sois esclavos de vuestras pasiones, no sois libres. Libre era Abrahán, porque hacía buenas obras; hacedlas también

<sup>1</sup> Eccl. in Miss. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Eccl. in offic. SS. Sacram.

<sup>3</sup> Phil. 4, 13.

<sup>4</sup> Io. 8, 32.

<sup>5</sup> Ibid. v. 33.

<sup>6</sup> Ibid. v. 34.

<sup>7</sup> Ibid. 8, 40.

vosotros que alegáis la libertad de vuestra condición. Como si dijera: Cada cual es hijo de sus obras, y éstas lo son del principio de que dimanar la pasión ó la razón, el vicio ó la virtud, el bien ó el mal. Sólo es libre el que obra el bien. Y ¿puede obrarlo el que sirve ciegamente á desatentadas pasiones? ¡Ah! pero la Eucaristía, purificando el alma, no sólo del pecado, sino de la desordenada afición á los bienes sensibles, tiene virtud para hacernos superiores á la violencia de nuestros desenfrenados apetitos. Por la falsa dulzura con que nos seduce el sensual deleite, la divina Comunión nos da á gustar delicias inefables, que exceden á todas las terrenas. Y ¿qué puede el mundo con sus leyes tiránicas sobre una alma generosa que se fortalece en la mesa eucarística? El respeto humano, fantasma aterrador de los pechos cobardes, desaparece ante el Pan de los fuertes; y, alcanzada esa victoria sobre el mundo, goza el alma cristiana de admirable libertad para servir á su Criador. El amor propio, veneno que se infiltra hasta en la práctica de la virtud, y engendra insensiblemente aquel espíritu de temor donde no hay que temer<sup>1</sup>, de ruindad de miras, encogimiento pueril y desconfianza que entorpecen la marcha en el divino servicio, herido con la luz que arroja la sagrada Eucaristía, se desvanece también y deja al alma en condiciones de paz y santa libertad. De aquí el que, como vamos á ver brevemente, sea la Mesa del Señor el secreto de la felicidad sobre la tierra.

### III.

11. ¿De qué felicidad no disfruta, cristianos, el alma que ha llegado á esta región de paz y libertad<sup>2</sup> por el

<sup>1</sup> Ps. 13, 5.

<sup>2</sup> Imit. Christi lib. III, cap. 25.

uso frecuente y piadoso de la sacrosanta Eucaristía? Porque en primer lugar, y ésta es la primera condición para ser feliz, nada le falta, según la endiosada Virgen Teresa de Jesús, aun faltándole todo el mundo. *De otro pan no tengamos cuidado*, exclamaba aquella alma grande y verdaderamente libre. ¿No está bien alimentada el alma que se regala en la mesa de Cristo? ¿podrá sentir el hambre espantosa de lo divino, de lo verdaderamente bueno y bello? Pues ¿no dice el Espíritu Santo por boca del profeta Zacarías: *¿Qué es lo bueno de Dios, y qué es lo hermoso del Señor, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?*<sup>1</sup> ¿No nos convida por otro profeta diciendo: *Comed lo bueno, y vuestra alma se regalará*<sup>2</sup>? Y finalmente ¿dónde se cumple más puntualmente aquella promesa de Cristo: *Bienaventurados los que han hambre... porque ellos serán hartos*<sup>3</sup>? ¡Oh, qué hartura y qué delicias las de este sagrado banquete, sólo inferiores á las de la bienaventuranza!

12. Discurrid en seguida por todos los bienes que acarrea en el orden meramente natural la posesión de la humana libertad, bienes tan grandes, tan preciosos y evidentes que obligan al hombre á comprar aquélla á cualquier costa, lo mismo que á sacudir de sí con titánico esfuerzo las cadenas de la esclavitud, que es cárcel llena de miserias. Conquistada la libertad á precio de sangre, el hombre se cree rico, grande, feliz sobre la tierra. Pues ¿cómo no lo será mucho más, hecho dueño de otra libertad más real y más preciosa, cual es la del espíritu, la de los hijos de Dios, la de los

<sup>1</sup> Zach. 9, 17.

<sup>2</sup> Is. 55, 2.

<sup>3</sup> Matth. 5, 5.

santos? Gran ventura es, sin duda, el poder disponer de un pedazo de tierra como señor y propietario, no como feudatario miserable; pues, ¿qué dicha no será ser señor de sí mismo, dueño de la tierra del propio corazón, como los que por la mansedumbre han conquistado el señorío de sus actos y movimientos interiores? No en vano apellidó felices á los mansos el divino Salvador<sup>1</sup>. Gloríese en horabuena el que puede llevar una vida hasta cierto punto independiente en medio de la sociedad; más gloriosa es la independencia del espíritu, sólo rendido á la verdad, no esclavo de mundanos caprichos y vanas opiniones, despreciador, como el Apóstol, de los juicios comúnmente injustos y apasionados de los hombres<sup>2</sup>. En fin, la tranquilidad en el goce del derecho, la paz no turbada por enemigos interiores ni exteriores, es el colmo de los bienes que no siempre alcanza á dar la libertad. Mas ¿quién podrá robar ni alterar siquiera la tranquilidad de una alma verdaderamente libre, fundada en la adhesión incontrastable á la voluntad divina, fruto del puro amor del único bien inmutable y eterno? ¡Alma venturosa la que puede afirmar con el Apóstol: *Nada en el mundo podrá separarme de la caridad de Dios que está en Jesucristo*<sup>3</sup>! ¿No es esto, cristianos, gozar de un remedo de la bienaventuranza? Concluyamos. La libertad plena y perfecta no se disfrutará sino en el cielo, rotas ya las cadenas de nuestra cárcel terrenal. Entre tanto, y en medio de las penalidades del destierro, si hay medio de vivir feliz en posesión de la dulce libertad cristiana, es, á no dudarlo, la frecuencia de la sagrada Eucaristía, Pan de los

<sup>1</sup> Matth. 5, 4.

<sup>2</sup> I Cor. 4, 3.

<sup>3</sup> Rom. 8, 35.

hijos de Dios. ¡Cosa admirable! *O res mirabilis!* ¡El Prisionero voluntario del Tabernáculo es el Libertador de las prisiones de nuestra voluntad!

### SERMÓN VIGÉSIMO SEGUNDO

(predicado en la iglesia parroquial de San José, Bogotá, 1898).

#### La Eucaristía y la igualdad.

Non enim est distinctio Iudæi et Græci; nam idem Dominus omnium, dives in omnes qui invocant illum.

No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan.

Rom. 10, 12.

I. Tras el anhelo de una falsa libertad, que no es ni puede ser otra cosa, en definitiva, que verdadera y oprobiosa esclavitud, surge en los hombres fascinados por las ideas revolucionarias, el loco afán de nivelación é igualdad absoluta de clases y condiciones y derechos. Jesucristo nuestro Salvador es el único que darnos puede libertad verdadera y gloriosa, cual es la que corresponde á los *hijos de Dios*, á cuya dignidad nos ha llamado<sup>1</sup>; él sólo es también capaz, hermanos míos muy amados, de otorgarnos la posible igualdad, esto es, la que puede armonizarse con la naturaleza y la justicia, la que se funda en la bondad y liberalidad infinita del Señor para con todas sus criaturas, según las palabras del Apóstol: *No hay delante de Dios distinción de judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos los que lo invocan*<sup>2</sup>. Porque es evidente que esa otra igualdad de mala ley, tan contraria á la

<sup>1</sup> Rom. 8, 21.

<sup>2</sup> Ubi supra.

naturaleza misma de las cosas, como al orden establecido por Dios entre los hombres, Él no puede ni quiere concedérsola; y el cristiano y el hombre de razón deben renunciar á tan locas pretensiones. En efecto, hermanos carísimos, ¿no es una locura tratar de oponernos á la ley de desigualdad manifiestamente estampada por el soberano Creador en todo el universo? ¿Hay por ventura dos cosas en toda la creación que sean perfectamente iguales, aunque de una misma especie? Poseyendo millones de criaturas las mismas propiedades esenciales, verbigracia, los hombres las de animal y racional, cada uno de ellos se constituye por cualidades accidentales que lo individualizan y distinguen de todos los demás; y esta casi infinita variedad de accidentes en la unidad de naturaleza es precisamente lo que imprime en el universo ese sello de hermosura y perfección que acusa su divino origen. Alzad los ojos á la bóveda estrellada de los cielos, y allí veréis astros sin número girando en espacios sin medida; pero por más que os esforcéis á distribuirlos en grupos de varias magnitudes, no lograréis descubrir dos solamente que brillen con la misma intensidad y posean la misma velocidad y el mismo peso. ¡Admirable variedad, ó sea, desigualdad de las obras de Dios! Y ¡cómo realzan la armonía de la creación!<sup>1</sup> *Vió Dios todo lo que había hecho, y hallólo todo bueno y perfecto*<sup>2</sup>. Y ¿pretenderá el hombre corregir la plana al sapientísimo Hacedor, queriendo igualar á los hombres que Él hizo tan desiguales como las estrellas?<sup>3</sup>

2. Pero advertid desde luego, hermanos míos, que el hombre ofuscado por el orgullo y la sensualidad no

<sup>1</sup> Species coeli gloria stellarum (Eccli. 43, 10).

<sup>2</sup> Gen. 1, 31.

<sup>3</sup> Iob 38, 31.